

CLASSICA BOLIVIANA

I Encuentro Boliviano de Estudios Clásicos



UNIVERSIDAD NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ

UNIÓN LATINA
UNION LATINE
UNIONE LATINA
UNIAO LATINA
UNIUNEA LATINA

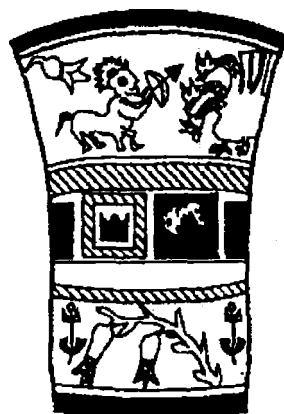
UNION LATINA



EMBAJADA DE ESPAÑA

CLASSICA BOLIVIANA

I Encuentro Boliviano de Estudios Clásicos



LA PAZ JUNIO 1998

Editor responsable:
Andrés Eichmann Oehrli

Comité de redacción:
Sergio Sánchez Armaza
Carmen Soliz Urrutia
Estela Alarcón Mealla

Colaboración especial:
Guido Orías Luna
Carlos Seoane Urioste

Depósito Legal
4-1-773-99

Diseño e impresión
PROINSA
Tel. 227781 - 223527
Av. Saavedra 2055
La Paz - Bolivia

© Andrés Eichmann Oehrli 1999

Portada:
Keru (vaso ceremonial incaico) de la zona del
lago Titikaka, periodo colonial. Museos
Municipales de La Paz.
Foto Teresa Gisbert

En el imponente escenario de las cumbres del Ande boliviano, la Unión Latina y la

Universidad Nuestra Señora de La Paz reunieron a destacados intelectuales de diferentes países de América Latina y de Europa en el I Encuentro Boliviano de Estudios Clásicos, oportunidad en la que se plantearon interesantes iniciativas para difundir el idioma original, el latín, y los que derivan de él: español, francés, italiano, portugués y rumano; asimismo, se consideraron otros temas que representaron una importante contribución a los estudios clásicos tanto para el país anfitrión, como para los que practican los idiomas hermanos.

La Unión Latina, a través de su Dirección de Promoción y Enseñanza de Lenguas, tiene entre sus objetivos elevar la importancia del cultivo de las lenguas romances y de los estudios clásicos entre los países miembros, de tal manera que no se pierda la identidad y la cultura de la latinidad. La representación en Bolivia desarrolla en el país una serie de actividades, como seminarios sobre lenguas y culturas clásicas, publicaciones y cursos de enseñanza del idioma madre: el latín.

Hoy vemos, con mucha complacencia, materializadas las iniciativas y conclusiones del I Encuentro, en esta publicación que recoge los aportes de los intelectuales reunidos en este evento.

Es importante destacar que, como una consecuencia inmediata de este I Encuentro, ha sido creada la Sociedad de Estudios Clásicos, integrada por destacados intelectuales y personalidades.

El Encuentro surgió de una iniciativa de la Unión Latina y la Universidad Nuestra Señora de La Paz, que se han impuesto la tarea de continuar trabajando en estrecho contacto para divulgar lo que significó y significa la cultura latina en todos los ámbitos.

Deseo dejar testimonio de agradecimiento tanto a la Universidad Nuestra Señora de La Paz como a la Embajada de España en Bolivia, por todo el apoyo que han brindado para hacer realidad esta reunión y la publicación fruto de ese Encuentro.

**Geraldo Cavalcanti
Secretario General
Unión Latina**

INDICE

	Agradecimientos	7
Jorge Paz Navajas:	Introducción	9
Josep M. Barnadas:	Discurso de Bienvenida	11
Mario Frias Infante:	Mi odisea de traducir la Odisea	13
H.C.F. Mansilla:	Lo rescatale de la tradición clásica para el campo de la ciencia política	17
Íván Guzmán de Rojas:	Contrastes semánticos del Aymara registrado por Bertonio con el Castellano de Gracián	29
Juan Araos Uzqueda:	Apología, Critón, Fedón: Acta judiciaria	47
Francisco Rodríguez Adrados:	Escisiones y unificaciones en la historia del Griego	61
Rodolfo P. Buzón:	Papiros latinos en Egipto: Algunas consideraciones	69
Héctor García Cataldo:	Poesía Lírica Griega Acaica o de la cotidianeidad atemporal	81
Prof. Iván Salas Pinilla:	El Destino en la Ilíada y su campo semántico	97
Teresa Gisbert:	Los dioses de la antigüedad clásica en Copacabana	121
Teodoro Hampe Martínez:	La tradición clásica en el Perú virreinal: una visión de conjunto	137
Andrés Orías Bleichner:	El Soplo Clásico en la Escritura de Bartolomé Arzáns	145

Fernando Cajías de la Vega:	La arquitectura neoclásica en Bolivia	153
Josep M. Barnadas:	La escuela humanística de Cotocollao: evocación de una vivencia	157
Santiago R. M. Gelonch V.:	Algunas notas acerca de la investigación en los Estudios Clásicos (Investigación, Hermenéutica, Postmodernidad y Mito)	165
Ernesto Bertolaja:	La política de la Unión Latina en el ámbito de los estudios clásicos en América Latina	183
Andrés Eichmann Oehrli:	Reminiscencias clásicas en la lírica de la Real Audiencia de Charcas	187
Salvador Romero Pittari:	El latín en la literatura boliviana finisecular	211
Enrique Ipiña Melgar:	Sócrates y las tendencias pedagógicas actuales	215
Teresa Villegas de Aneiva:	Las sibillas y las virtudes teologales en la pintura virreinal boliviana	221

Agradecimientos

Jorge Paz Navajas, Norma Campos Vera y Enrique Ojeda fueron quienes apoyaron desde un inicio la realización del Encuentro y la publicación del presente volumen, y han hecho posible los auspicios para su publicación.

Luis Prados Covarrubias alentó la realización del Encuentro; a él debemos la participación del insigne investigador Don Francisco Rodríguez Adrados, que nos ha honrado con su presencia y su amistad.

De Sergio Sánchez Armaza, de Carmen Soliz Urrutia y de Estela Alarcón Mealla es el mayor mérito. Han creído que esta aventura era posible; la han llevado a cabo con entusiasmo y todo el trabajo imaginable, desde el inicio de la organización del Encuentro hasta anteayer, en que esta página ingresó a la Editorial. Pusieron en juego su conocimiento de la lengua latina, su bagaje cultural, su versatilidad para cualquier temática y sus cualidades personales. Ningún elogio es suficiente para ellos.

Han colaborado con largas horas de transcripción de las grabaciones, con ideas y gestiones variadas Carlos Seoane Urioste y Guido Orías.

Han concurrido también muchas otras formas de colaboración, y la lista de las personas a quienes se debe agradecer sería muy larga de transcribir, empezando por todos los que han participado en el Encuentro. No se puede silenciar el nombre de Jorge Velarde Chávez y el de Selva Fernández.

A todos ustedes, queridos amigos, muchas gracias,

el editor.



Papiros latinos en Egipto: Algunas consideraciones:

Rodolfo P. Buzón
CONICET

Universidad de Buenos Aires
Universidad Católica Argentina

La gran mayoría de los textos de autores clásicos que ha llegado hasta nosotros nos ha sido transmitida por manuscritos medievales o posteriores. Estos manuscritos, usados ya por los humanistas renacentistas, y, a partir de la invención de la imprenta, las obras impresas, son, en su gran mayoría, el resultado de un largo proceso de selección y copia, y su texto y está muy alejado en el tiempo del momento de la redacción original. Presentan, entre otras dificultades para su recta comprensión, errores, alteraciones voluntarias e involuntarias e interpolaciones, que pueden llegar a convertirlos en textos bastante diferentes del original. Por ejemplo, un copista que lee un texto ya corrupto o que no comprende, puede pretender corregirlo; o bien, el copista confunde la forma de las letras o copia mal una abreviatura. Una de las principales tareas de la filología clásica (que, como señala Alberto Bernabé¹, es la vía de acceso para comprender una civilización) ha sido tratar de restituir un texto lo más cercano posible al original. Ello dio origen a una disciplina independiente, pero estrechamente vinculada a la filología clásica: la crítica textual (llamada por algunos 'ecdótica' a partir del nombre dado por los antiguos a la edición de textos, ἔκδοσις), que se ocupa de todos los aspectos vinculados con la edición de un texto, desde el modo de su transmisión hasta la fijación del mismo y las normas para su edición.

Pero tenemos otras fuentes de transmisión de los textos antiguos. Una de ellas es la epigrafía. Si bien la gran mayoría de las inscripciones contienen textos de carácter documental, un reducido número de los textos conservados sobre piedra o garabateados en las paredes son de carácter literario y han aportado algún texto nuevo, alguna *lectio* diferente o una versión anterior a la conservada en los manuscritos. Por este medio nos han llegado, por ejemplo, unas tablas en parte encontradas en Roma y en parte de proveniencia desconocida, de los siglos I o II a.C., que reproducen en bajorrelieve las escenas principales de los poemas homéricos o del ciclo homérico, junto con didascalías, entendidas aquí como listas de datos sobre representaciones teatrales y fragmentos de los poemas; el *monumentum Archiloci*, del siglo I a.C. encontrado en Paros, que adornaba la base de una estatua del poeta, en la que se grabaron noticias sobre su vida y algunos de sus versos; una inscripción con cinco odas en honor de Asclepio de Isilo de Epidauro del siglo III a.C. descubierta en el templo de Asclepio en Epidauro; una crónica en lengua griega, el llamado *marmor Parium*, una estela de mármol en varios fragmentos, posiblemente de los años 264-263 a.C., y el *Monumentum Ancyranum o Res gestae divi Augusti*.

¹ Manual de crítica textual y edición de textos griegos, Ediciones Clásicas, Madrid : 1992. p. 1.

Una importante vía de transmisión de los textos literarios clásicos es la papirología. Existen diferentes ramas dentro de ella, según la lengua en que los textos fueron escritos: papirología egipcia, aramea, etc., pero la costumbre ha dado en llamar papirología a secas a la grecolatina y ésta es la que nos interesa. Tampoco esta disciplina se ocupa sólo de textos literarios ni era el papiro el único soporte utilizado. Otros soportes usados para la escritura en la Antigüedad, como el pergamo, el cuero y, en el caso de Egipto, los óstraca o fragmentos de vasijas, entran dentro de su campo de estudio. Si bien ya siglos atrás se sabía de la existencia de los papiros y se conocía algún ejemplar, los grandes descubrimientos comenzaron a fines del siglo pasado en Egipto, de donde proviene la inmensa mayoría de los que hoy poseemos. La conservación de ese material perecedero a través de los siglos se debió a las especiales características de la región. Con excepción del valle del Nilo y la región del Delta, es un desierto sin napas de agua cercanas a la superficie y carente de lluvias. En distintos períodos de prosperidad se logró aumentar la superficie cultivable mediante la irrigación artificial. En períodos de decadencia las instalaciones para el riego artificial fueron descuidadas y el desierto se hizo nuevamente dueño de esas regiones, abandonadas por sus habitantes; así se conservaron para la posteridad innumerables testimonios de ese pasado.

La cantidad de papiros literarios conservados es menor que la de los documentales; no obstante, su número no es desdeñable, y menos aún lo es su importancia para nuestro conocimiento de la literatura grecolatina, fundamentalmente la griega.

Los textos que estudia la papirología provienen de un lapso que se extiende desde la conquista de Egipto por Alejandro Magno (332), la instauración de la dinastía ptolemaica o lágrida, la posterior conquista de Egipto por Augusto y su conversión en provincia romana hasta uno o dos siglos después de la conquista de Egipto por los árabes (641).

El aporte de esos papiros tiene características diversas. Unos nos han devuelto textos no conservados por otras fuentes de los que conocíamos sólo su título o, incluso, cuya existencia desconocíamos. Recordemos solamente los poemas de Baquílides, las comedias de Menandro y la *Constitución de Atenas* de Aristóteles. Otros papiros nos han mostrado qué aspecto tenía la producción homérica antes de la constitución de la llamada *vulgata* por los estudiosos alejandrinos. Finalmente otros han aportado *lectiones* mejores que las transmitidas por los manuscritos o han permitido restituir palabras perdidas por daños en el soporte o corrupciones del texto. Esos textos, por otra parte, tenían diferentes finalidades: unos eran ediciones, ya de lujo —incluso con ilustraciones—, ya más sencillas: la calidad del texto conservado varía y no siempre está en consonancia con la calidad de la edición; otras eran copias privadas, escritas por el interesado mismo o mandadas copiar por éste; además nos han llegado ejercicios escolares que consistían en la copia o la escritura al dictado de textos literarios (en este caso los errores suelen ser numerosos), reelaboraciones, confección de listados de autores y de temas, de figuras míticas y literarias.

Las obras literarias y los fragmentos de ellas que conservamos nos permiten también adentrarnos en la vida cultural, en la labor intelectual y en las preferencias por determinados autores, siempre teniendo en cuenta el carácter fragmentario de la transmisión.

Los textos de los que nos ocuparemos en este trabajo forman parte del pequeño número de papiros latinos –literarios y documentales– provenientes de Egipto. Para hacernos una idea del reducido número de los papiros latinos mencionemos que en el *Corpus papyrorum latinarum* publicado en 1958 por Robert Cavenaile y que recoge todos los papiros latinos procedentes de Egipto, Palestina y Dura-Europos (deja de lado sólo los de Herculano y los medievales publicados hasta entonces) suman un total de 345 ítems más 28 del anexo. Frente a esta cifra, los papiros de Oxirrinco, publicados en Londres por la Egypt Exploration Society, una de las tantas publicaciones papiroológicas, habían llegado en 1992 a los 59 tomos con 4.008 papiros.

Los testimonios que nos hablan del interés que despertó en Egipto la literatura latina –fenómeno que tuvo lugar tardíamente en las tierras del Nilo– consisten fundamentalmente en fragmentos de textos, algunos con versión griega y unos pocos con glosas y escolios. Virgilio y Cicerón fueron los autores que los griegos reconocieron como los principales representantes de la vida intelectual romana. A ellos pueden añadirse Salustio y Tito Livio como autores que interesaron a la población de Egipto.

Dentro del contexto de las influencias recíprocas entre las lenguas griega y latina a partir de la dominación de Oriente por Roma, estos textos nos llevan a plantearnos nuevamente el poder de penetración de la lengua y, como corolario, de la cultura latina en la población grecoparlante de Egipto. Conocida es la dependencia cultural romana con respecto a Grecia; basta que recordemos a Horacio (*Epist. II 1, 156*): "Graecia capta ferum victorem cepit". Pero no es fácil establecer qué concedieron los griegos, además de su independencia política, a cambio de ese triunfo. La literatura griega ofrece testimonios aislados, alguna frase, alguna queja melancólica al respecto. Con la conquista de Egipto por los macedonios el griego se convirtió en la lengua del poder y de la administración. Quien quería escalar posiciones debía aprender griego.

También los romanos debieron ceder pronto en su firme actitud de vencedores. Tras el periodo en que se prohibió a los funcionarios romanos hablar otra lengua que no fuera el latín con los pueblos dominados, sobrevino otro en el que hasta las resoluciones del Senado se tradujeron al griego. En Egipto la llegada de los romanos no produjo graves alteraciones: la lengua del Lacio se usó en las esferas más altas de la administración, en las relaciones con Roma y en el ejército. No obstante, el latín continuó siendo siempre la lengua oficial del Oriente conquistado. A pesar de la afirmación de Plutarco (*Quest. plat. X 3*): λόγος Ἦρωμαίων, φῶν ὄμοι τι πάντες ἀνθρώποι χρῶνται, sabemos que la lengua usada comúnmente en Oriente era el griego. Es cierto, por otra parte, que gran cantidad de

palabras latinas, en especial términos jurídicos y del lenguaje de los soldados, penetró en el griego. Algunas veces se las traducía, otras se las trasliteraba.

No hay que olvidar, por otra parte, la admiración que la romanidad despertó en los griegos cultivados, de Polibio en adelante. Surgieron así dos posiciones encontradas: una reconocía la superioridad de Roma en el terreno militar y administrativo y la de Grecia en la cultura; la otra consideraba bárbaros a los romanos frente a la cultura griega. Pero la situación cambió en el s. I a.C., cuando los historiadores griegos comenzaron a consultar fuentes latinas para sus trabajos y algunos gramáticos comenzaron a tener en cuenta palabras latinas en sus glosarios. Para Dionisio de Halicarnaso la literatura latina se encontraba en el mismo nivel que la literatura griega de su tiempo.

Tenemos noticias de traducciones griegas de las obras virgilianas. Un cierto Arriano tradujo las *Geórgicas*; el liberto Polibio, la *Eneida*; un escolio al *Fedro* de Platón (224b) menciona el verso 36 del libro VI de la *Eneida*; Peano, el traductor de Eutropio, cita el verso 365 del mismo libro de la epopeya virgiliana.

En el s. I d.C. se produce nuevamente un choque. Los griegos comparan su antigua cultura con el presente y eso los lleva a querer apartarse de la vida intelectual romana; antes de que esa tendencia origine la Nueva Sofística, Plutarco intenta superar las contradicciones. Sin embargo ese alejamiento entre las dos culturas se mantendría ya hasta el fin de la Antigüedad y lo vemos en Ateneo y Libanio. Una posición mucho más hostil hacia Roma está representada por el sirio Luciano.

Empero la literatura latina no era totalmente desconocida por los griegos. En época de Adriano, por ejemplo, Zenódoto tradujo al griego las *Historias* de Salustio y Máximo de Tiro utilizó la obra de Horacio.

En la literatura cristiana, la relación se mantiene prácticamente igual a la de la literatura pagana. Sólo conocemos traducciones de Jerónimo y de Tertuliano.

Después del triunfo del cristianismo los esfuerzos por conciliar las dos culturas se incrementan. Eusebio, por ejemplo, tradujo los discursos de Constantino. Y de la literatura no cristiana del siglo IV conservamos la traducción de Eutropio hecha por Peano ya mencionada y una del siglo IV, de un cierto Cepito.

También sucedió que hablantes de griego, como Amiano Marcelino, por ejemplo, llegasen a desempeñar un importante papel en la literatura latina y quizás haya que reconocer la influencia de Virgilio y de Ovidio en poetas griegos como Quinto de Esmirna y Nonnos.

En Egipto, durante los primeros siglos de dominación romana, el interés por la lengua

y la literatura romanas parece haber sido escaso. La lengua usada comúnmente era el griego y no había ninguna razón para aprender latín. Desde fines del siglo III aumenta el número de papiros literarios latinos. Muy posiblemente se deba a un incremento de la romanización de Egipto a partir de la época de Diocleciano. Este emperador fue quien quitó a la provincia el *status especial* del que gozaba desde su creación como provincia romana y la integró en mayor medida al Imperio. A este periodo pertenecen la mayoría de los papiros literarios latinos que se han conservado.

Entre los papiros que contienen sólo el texto latino, podemos mencionar: de la *Eneida* de Virgilio, entre otros el *P. Oxy.* I 31 del s. V, que contiene fragmentos de los versos 457-467 y 495-507 del libro I y el *P. Colt.* 2 del s. VI con fragmentos de los libros II a VI. Un solo papiro con versos de las *Bucólicas* ha llegado hasta nosotros, el *P. Stras. Lat.* 2, de los siglos I o II d.C. De Cicerón conservamos, por ejemplo, el *P. Oxy.* X 1097 con *De. Imp. Cn. Pompei* 60 65 y 70 71 e *In Verrem* II 1, 1-4 M, del s. V; el *P.Oxy* X 1251 con *In Verrem* II 1 2, 3 y 12 y *Pro Caelio* 26-55, también del s. V; de Salustio, el *Perg. Berol.* con *Jugurta* XLIII 3-4, XLIX 5-6 y L, 3-4 del s. IV, el *P.Oxy.* VI 884, *Catilina* VI 2-7 s. V, texto lleno de faltas, adiciones y correcciones; de Tito Livio, el *P.Oxy* IV 668, un Epítome de los libros XXXVII-XL, y XLVIII-LV del s. III y el *P.Oxy.* 1379, con fragmentos del libro I v 6 a vi 1, de fines del s. III.

El valor fundamental de este grupo de papiros es su importancia para el establecimiento del texto de los respectivos autores. Para ello, huelga decirlo, debemos considerar también los demás papiros conservados de cada autor.

Señalaremos unos pocos ejemplos. Podría tratarse de ejemplares pertenecientes a romanos que los llevaron a Egipto cuando tuvieron que viajar a esa región.

El *P.Oxy.* VI 884, *Catilina* VI 2-7 s. V, si bien es un texto lleno de faltas, adiciones y correcciones, confirma la *lectio* 'alius alio more viventes' en VI 2.

El verso 236 del libro I de la *Eneida* (*P. XV Congr.* 3; *P. Ryl.* + *P. Mil* + *P. Cairo*) dice:

"qui mare, qui terras omnis dicione tenerent".

Omnes es la *lectio* de dos manuscritos y la que prefieren los editores. En otros manuscritos encontramos *omni*. En el *P. Ryl.* III 478 no se conserva el texto latino pero sí la correspondiente traducción griega, algo libre: **[μ]ια εν εξουσιᾳ**. Por lo tanto el texto latino debe de haber sido *omni dicione*. Al respecto señala Servio: *melius 'omni' quam 'omnis'*, y explica *omni dicione* como '*omni potestate*', *id est, pace, legibus, bello*. *Dicio* aparece tres veces más en la *Eneida*: en el verso 622 del libro I, en el verso 737 del libro VII y en el verso 53 del libro X. Si bien en los dos primeros casos cumple la función de un complemento en ablativo del verbo *tenere* y no está determinado por

ningún atributo, consideramos que no hay ninguna razón objetiva para preferir una de las dos *lectiones*.

En el verso 599 del libro I de la *Eneida* (*P. Colt 1*):

“omnibus exhaustis iam casibus, omnium egenos”

Exhaustis, la *lectio* que prefiere Sabbadini, es la del manuscrito F. En los manuscritos F, por mano de un corrector, M, P y R, y también en el *Palimp. Ambros.* encontramos la *lectio exhaustos* –referida esta palabra al objeto directo nos (v. 598)– elegida por Goelzer y Mynors, y que parece mejor.

Otros papiros contienen el texto latino con traducción o glosas. Son un testimonio de esa interrelación existente entre las dos culturas, útil tal vez para establecer más fehacientemente cuál era el interés por la lengua y la literatura latinas entre los greco parlantes de al menos una de las provincias del imperio.

Tres formas adoptan estos papiros. Una es la traducción griega a continuación del texto latino como en el *Palimp. Ambros²*, de los siglos IV o V. Es interesante que se haya conservado también la traducción latina de las fábulas 16 y 17 de Babrio (*P. Amh. II 26*, siglo IV).

Otra es la traducción palabra por palabra. En estos casos la disposición es en dos columnas: en la primera está el texto latino y en la segunda la correspondiente traducción griega. La mayoría pertenecen a la *Eneida* de Virgilio: el *P.Cairo 85644 A y B³* + *P.Ryl. III 478* + *P.Mil 1*, del siglo IV, con versos del libro I (es interesante este caso pues el manuscrito original fue separado en partes y vendido a diferentes instituciones; fue luego notable tarea de los estudiosos volver a reunirlos); el *P.Fouad I 5*, de los siglos IV o V, con los versos 444-468 del libro III; el *P.Vindob. Lat. 24⁴*, del siglo V, el *P.XV Congr. 3*, de la segunda mitad del siglo IV, con versos de los libros I y II, y el *P.Oxy. VIII 1099*, del siglo V, traducción de los versos 661 y siguientes del libro IV el *PSI. VII 756*, de los siglos IV o V, con los versos 443 y siguientes; el *P. Allen* conserva de las *Geórgicas*. De Cicerón existen el. *P.Vindob. 30885* de los siglos IV-V a y e, que contiene *In Catilinam* 16, 16 y 7, 171; 16, 15 y 7, 18; I, 19-20 y el *P. Ryl. 161*, del siglo V, con *In Catilinam* II 14-15.

Finalmente otros son vocabularios latín-griego. Por ejemplo, de la *Eneida*, conservamos el *P.Colt 1*, del siglo VI, con fragmentos de los libros I, II y IV, en el que encontramos un total de 1025 palabras, el *PSI VII 756*, de los siglos IV o V, con los versos 443-537 del libro II y el

2 Galbiati, G., *Vergilius Latine et Graece in Palimpsesto Codice Arabico*. En: *Aevum* I (1927), p. 49 y ss.

3 Rémondon, R., “A propos d'un papyrus de l'Enéide”. En: *JJP* IV (1950), p. 239 y ss.

4 Klos, H., *Die publizierten lateinischen Fragmente der Papyrussammlung der Österreichischen Nationalbibliothek*. En: *Chr. d'Eg.* 28 (1953), Nro. 56, p. 374.

P.Oxy VIII 1099, del siglo V, con los versos 661-705 del libro IV y los versos 1-6 del libro V. También debemos tener en cuenta que podrían haberse usado para las traducciones glosarios latín-griego, ya que se han conservado, incluso en Egipto, glosarios griego-latín, que consistían en listas de palabras ordenadas alfabéticamente o por temas⁵. Algunos estudiosos han llegado a suponer incluso la existencia de glosarios específicamente virgilianos, pero entre los papiros no hay ninguno.

Veamos algunas características de estas traducciones. Cuando los textos latino y griego están dispuestos en dos columnas, cada renglón contiene una, dos o a lo sumo tres palabras. En ocasiones el orden de las palabras del texto latino ha sido alterado para hacer más clara la sintaxis. Aparecen juntas palabras que, si bien forman una unidad sintáctica, en el papiro están separadas por razones métricas o estilísticas.

Si en el texto virgiliano se utiliza la menos común de dos formas equivalentes, en el papiro suelen aparecer ambas; por ejemplo en el verso 524 del libro II de la *Eneida* Virgilio usó *moriere*, en el papiro encontramos *moriere, morieris*.

A veces se traduce una palabra en el mismo caso en que está en latín, sin tener en cuenta el régimen del verbo usado en griego. En el *P. XV Congr.* 103 ss. se traduce 'viros insequitur' por τοὺς ἄνδρας ἐπακολυθεῖ, verbo que se construye sólo con dativo.

Para facilitar la comprensión del texto latino se agregaron, en algunos casos, signos diacríticos -acentos y signos de vocal larga- en otros se señaló el comienzo de verso.

Los traductores no se limitaron siempre a una simple versión de la palabra latina, sino que hicieron a veces un verdadero comentario, muy semejante a las glosas. Es el caso del *P. Allen S.N.*, palimpsesto del s. V d.C., es una hoja de pergamino que contiene los vv. 229-237 del libro I de *Geórgicas* con una traducción griega palabra por palabra, a dos columnas. Sobre este texto se escribió uno en copto, del que se conserva el pasaje XI 4 -15 del Libro de la Sabiduría.

En el papiro no hay glosas, pero posee una característica única: en contraposición con otras traducciones similares, algunas palabras o expresiones no están traducidas por una palabra o expresión supuestamente equivalente sino por dos palabras -que podríamos considerar sinónimos- o por el agregado de palabras que hacen más claro el original latino y que a veces son casi un comentario. Veamos un ejemplo:

v. 235: *a quam circum* corresponde la traducción περι εν, pero el traductor repuso el antecedente θερμήν ζωνην; *extremae* está traducido y le sigue una palabra que es un escolio: aclara que las zonas *extremae* están separadas una de otra, si bien en el texto latino

⁵ Cf. CPL N° 275 - 280.

esto queda claro a continuación, con las palabras *dextra laevaque*, que de todos modos aparecen traducidas literalmente.

Como ya señalamos, algunos papiros han conservado fragmentos de autores latinos con anotaciones marginales e interlineales, glosas unas veces, escolios otras. Mientras que "escolios" designa por lo general un cuerpo de notas conservadas en los márgenes de los textos, que explican o critican el lenguaje o tema de un autor, y que, en muchos casos, provienen evidentemente de una fuente culta, las glosas están constituidas por una palabra o frase que explica el significado de una palabra o frase del texto que no pertenecía a la lengua hablada por el escoliasta, para convertirse finalmente en la interpretación de cualquier palabra difícil u obsoleta.

Entre los papiros con anotaciones encontramos, por ejemplo, el *P. Oxy.* VIII 1098 de los siglos IV-V, que contiene los versos 16-23 y 39-46 del libro segundo de la *Eneida* con dos glosas en latín; *P.Ryl.* III 477 del siglo V, que contiene Cicerón, *Divinatio in Q. Caecilium* 34-37 y 44-46 escolios griegos y latinos; *PSI I* 110 del siglo IV, Salustio, *Catilinae Coniuratio X* 4-5 y XI 6-7, texto acompañado con glosas griegas interlineares y el *P. Antinoe* del siglo VI, Juvenal, *Sat.* VII 149-198 con escolios griegos y latinos.

En la línea 2 del verso del *PSI I* 110, del s. IV d.C. (*Catilinae Coniuratio X* 4-5 y XI 6-7) podemos leer: *τα μικρα υρα* escrito entre renglones sobre las palabras *sacra profanaque*. Parece ser un intento de explicar la palabra *profana* (sobre la cual está escrita la glosa), para diferenciarla de *sacra*. El glosador habría entendido *pro fana* (lo cual es posible debido a la *scriptio continua*) con el sentido de 'cosas menos consagradas' que las *sacra*, por hallarse delante de los templos.

Del s. IV o V d.C. es el *P. Oxy.* VIII 1098, parte de una hoja de pergamino que contiene los vv. 16-23 y 39-46 del libro II de la *Eneida*. En el recto, la primera de las notas marginales, *per terr[as]*, completa el sentido de la oración *ea fama vagatur* (v. 17).

De gran importancia para el estudio de las características de glosas y escolios son dos papiros: el *P. Ryl.* III 477 y un texto de Juvenal. El primero, fragmento de un pliego que perteneció a un códice en papiro, contiene los §§ 33-37 y 44-46 de la *confirmatio de la Oratio in Q. Caecilium quae divinatio dicitur* de Cicerón⁶. Es el primer discurso del juicio que Cicerón llevó adelante contra G. Verres, cuando éste terminó su proconsulado en Sicilia, en el año 71, una *quaestio de pecuniis repetundis*, es decir un juicio por Concusión⁷. Es el primer discurso del juicio. Examinaremos, ahora algunas anotaciones.

⁶ La forma más completa del discurso constaba de *exordium o proemium; narratio*, es decir la exposición de los hechos; *propositio o divisio*, la presentación del tema; *confirmatio* o sea la presentación de los argumentos; *refutatio o reprehensio*, refutación de los argumentos del adversario; *digressio y peroratio*, conclusión. Confirmación y refutación podían constituir un solo conjunto, la división podía omitirse y la digresión podía formar una unidad con la peroración.

⁷ La ley *Cornelia de repetundis*, de la época de Sila, reprimía la avidez de los procónsules y propretores en el desempeño de sus cargos.

En el folio 1 recto, margen externo, a la altura de la línea 13 hay un escolio en latín: *nam legibus vetitum erat senatorem ferre indicium* ('en efecto, por las leyes estaba prohibido que un senador presentara una denuncia'). Quien escribió el escolio quería completar lo que Cicerón había dicho, señalando que existía un orden social incapacitado para presentar denuncias ante el pretor. A continuación del escolio latino, hay un largo escolio en griego que termina en el margen inferior. En la primera parte explica detalladamente cómo era la legislación en el caso de denuncias voluntarias. Roberts opina que el copista del escolio y el Pseudo-Asconio (comentarista de Cicerón del siglo V, llamado así para distinguirlo del Asconio que comentó las obras de Cicerón en la Antigüedad) pueden haber tenido una fuente común, dada la semejanza de ambos textos. Luego, a partir de la línea 22, el escolio parafrasea el texto de Cicerón.

Si bien el editor del *P. Ryl. III* 477 afirma que este escolio en griego pertenece a la misma mano que el latino que lo precede, nos parece extraño que la misma persona intentara una explicación breve en latín y otra, ampliada, en griego, salvo que estuviera traduciendo o parafraseando un texto jurídico latino para hablantes de griego. Roberts señala que el autor de este escolio y el Pseudo-Asconio pueden haber tenido la misma fuente. De hecho, si el códice no estuviera deteriorado, contendría más información que la ofrecida por el Pseudo-Asconio.

El otro es un manuscrito que contiene los versos 49 a 198 de la sátira VII de Juvenal⁸, una hoja de un códice en pergamino, en la cual hay copiados 25 versos de cada lado. Si suponemos que cada hoja del códice contaba aproximadamente igual cantidad de versos, éstas serían las páginas 7 y 8 de la sátira VII. No poseemos suficientes datos para saber si era parte de una copia de esta sátira o de un códice con la obra completa de Juvenal.

En esta sátira el poeta desarrolla el tema –siempre actual– de la penuria que suelen sufrir los intelectuales. Se refiere a los poetas, a los historiadores, a los abogados, a los rétores y a los gramáticos, en un orden sugerido quizá por el valor que Juvenal atribuía a cada una de esas actividades. Los versos conservados corresponden, con excepción del 149, al pasaje relativo a los rétores.

El texto, copiado probablemente en el siglo VI d. C., es bueno y substancialmente el mismo que presentan los manuscritos medievales.

El papiro presenta numerosas glosas y escolios, tanto en griego como en latín. Son independientes de los que conocemos por los códices medievales, que parecen provenir todos de un mismo y antiguo comentario, pero no agregan nada a nuestros conocimientos. La mayoría parece remontarse a una fuente común diferente y de inferior calidad que el texto que presenta el papiro, por lo que Roberts piensa en un texto y un comentario

⁸ C. H. Roberts, "The Antinoë Juvenal", en *JEA* 21 (1935) pp. 199-209.

independientes. Los comentarios apuntan preferentemente a parafrasear y a ampliar el texto, más que a explicarlo o a comentar peculiaridades de su estilo. Serían entonces obra de comentaristas profesionales y habrían sido escritos posiblemente en Alejandría. Recordemos que al principio el texto y el comentario (**ύπόμνημα**) se escribían en rollos separados. En el texto se colocaban signos que señalaban aquellos aspectos que eran tema de un comentario en el otro rollo. Posteriormente se dejaron de escribir los comentarios separadamente y surgieron las anotaciones; los buenos escolios parecen provenir de los antiguos comentarios.

Por ejemplo, v. 150 : *de docendis discipulis* está señalando el tema al que se referirá a partir de este verso, es decir a la tarea de los rétores, quienes enseñan a sus alumnos las *declamationes* del *genus iudiciale* o del *deliberativum*, satirizados por Juvenal en los versos 151 a 156 y 160 a 164 respectivamente.

En los versos 169-170 podemos leer:

fusa venera silent, malus ingratusque
maritus et quae iam veteres sanant mortaria caecos.
(no hay venenos vertidos, marido culpable o desobligado ni
brebajes que sanan a ciegos ya ancianos).

Entre ambos versos leemos: *senum veneni*; la segunda palabra glosa *mortaria*, palabra que no tenemos atestiguada con esta acepción sino en este texto de Juvenal, y *senum* se explicaría como genitivo objetivo, porque se trata de los brebajes que curan a los ancianos, ciegos en este caso.

A la izquierda del verso 178 ss.:

Balnea sescentis et pluris porticus in qua
gestetur dominus quotiens pluit - anne serenum
expectet spargatque luto iumenta recenti.
Hic potius, namque hic mundae nitet ungula mulae,
parte alia longis Numidarum fulta columnis
surgat et algentem rapiat cenatio solem.

leemos: **εν τῷ με|σαυλιῷ εν|τῇ στοα|γημναζεῖ**. El rico construye el pórtico para los días de lluvia, así ni debe esperar el buen tiempo ni ensuciar a sus animales o vehículos usándolos fuera con mal tiempo. Los pórticos, cubiertos, y sostenidos por columnas, servían para pasear a pie (*ambulationes*) o en litera o a caballo (*gestationes*), o en mula, como dice Juvenal aquí.

Nos queda, por último, referirnos a algunos textos de diverso carácter. Un caso interesante es el *P. Ant. I 29*, del siglo IV, que contiene sólo el texto latino de las *Geórgicas* (fin del libro II y comienzo del libro III). Son cinco fragmentos de una página que perteneció a

una soberbia edición sobre papiro. El *explicit* (*GeoJrgicon lib. II e[explicitus / incipit] lib. [t]ertius*) del libro II y las tres primeras líneas del libro III están escritas con tinta roja. El fragmento c parece haber sido un *argumentum* del libro III y no tiene gran relación con los escolios conocidos de Virgilio.

Otros son ejercicios escolares: el P. *Tebt. 11 686*, de los siglos I o II, sobre el cual alguien ha copiado seis veces los versos 1-2 del libro IV la *Geórgicas*, como ejercicio de escritura y el P. *Hawara 24*, de los siglos IV-V, en el que se repite seis veces el verso 601 del libro II de la *Eneida*.

Finalmente quiero referirme al *PSI II 142* de los siglos II-IV, una reelaboración métrica de los versos 477-93 del libro I de la *Eneida*. Se trata de la imitación del pasaje en el cual Eneas, desembarcado en Cartago, contempla los frescos que representan la caída de Troya. Su autor procura conservar la sustancia de los 17 versos del original en igual número de versos propios. No parece tratarse de un centón, sino de una reelaboración como las que describe San Agustín: "sed figmentorum poeticorum vestigia errantes sequi cogebamur et tale aliquid dicere solutis verbis, quale poeta dixisset versibus"⁹. No poseemos ningún dato concreto del autor de este trabajo, pero sin duda se trataba de un griego o de un egipcio helenizado que estudiaba latín o bien tenía deseos de convertirse en poeta, más que de un alumno.

Si bien la producción literaria en Egipto nunca alcanzó el nivel que hallamos en autores griegos y romanos, hubo en tierras del Nilo una importante actividad intelectual. Trascendental fue la fundación, en el s. III a.C., de la Biblioteca y del Museo de Alejandría, instituciones que contribuyeron en gran medida a la transmisión de la cultura antigua. Junto a esta actividad intelectual los papiros nos muestran la existencia de una producción literaria que seguía los pasos de la literatura clásica y de una literatura menor y popular.

Los textos que nos ocupan, muestran diferencias tanto en la calidad del material empleado, como en el tamaño de las hojas, el tipo de escritura y la disposición del texto, con mayores o menores márgenes. Provienen tanto de ediciones de lujo como sencillas.

La casi totalidad de los textos que hemos estudiado surgió, como ya dijimos, en un período –siglos IV y V d.C.– en el que la literatura latina atrajo el interés de los habitantes de Egipto y sus características responden a distintos modos de vinculación con esa literatura.

En unos casos se trata de restos de ediciones destinadas al público en general. Se caracterizan por el empleo de material de mejor calidad, por un formato más amplio y una distribución armoniosa de la superficie escrita, por una escritura más cuidada y por un texto que presenta pocos errores. Un caso único lo constituye el *P.Oxy. VIII 1098*, el único

⁹ *Confesiones 1, XVII 27.*

ejemplo de papiro en *capitalis quadrata* hallado en Egipto, adonde posiblemente fue llevado desde Italia.

Algunos estudiosos han vinculado a la escuela los papiros acompañados de traducciones y los han considerado parte de libros copiados por maestros o alumnos. Sin embargo la escritura y la extensión de estos fragmentos, de diverso tamaño y calidad, en los que se han seguido criterios distintos para la disposición y la selección del texto vuelven dudosa esa atribución. La escritura (con una única excepción) es elegante y revela siempre una mano experta. La traducción de todo un libro, o de más de uno, parece superar las exigencias escolares. De todos modos, esas traducciones no están libres de errores. Si bien en algunos casos se trata simplemente de errores de copia, otros se deben al desconocimiento del significado de algunas palabras empleadas por el poeta. De la comparación de las distintas versiones de un mismo verso puede deducirse, además, que no son copias provenientes de un original único, sino que cada una surgió de modo independiente.

La finalidad de la mayoría de estos trabajos no parece haber sido la de proporcionar una traducción fácilmente comprensible en griego, sino dar el equivalente exacto de las formas latinas. Esto solía oscurecer de tal modo el sentido que se hacía necesario recurrir al original para comprenderlo. Pero de ello no podemos deducir escasas nociones de latín en el traductor, sino, más bien, la aplicación de un método consciente. Estas traducciones, que exigían mayores conocimientos que los impartidos en la escuela, parecen haber estado destinadas a aquellas personas de habla griega interesadas en perfeccionar su conocimiento de los autores latinos o a acceder a las obras en su lengua original.

El hecho de que los textos latinos contengan glosas y escolios nos remite a diferentes usos de esas obras. En algún caso las anotaciones marginales e interlineales podrían haber tenido como finalidad facilitar la intelección de las palabras y del sentido del texto latino al alumno de habla griega y podrían haber sido propiedad de maestros que vivieron cuando el estudio de la literatura latina había alcanzado cierto auge en Egipto.

Otros textos pertenecieron, sin duda, a estudiosos o personas cultas, que buscaban explicar pasajes de difícil comprensión o palabras que ya no pertenecen al habla cotidiana.

No sólo hubo en el Egipto romano-bizantino una actividad escolar de cierta importancia. Hubo también, y por sobre todo, una gran actividad intelectual, a la que no fue ajena la existencia de centros culturales y de bibliotecas. Los papiros son testimonio de ello.





Studio et labore, honestate ac
maxima quam fieri possit
modestia, ad astra usque eamus:
si –ut Mantuanus ait- *omnia uincit
amor*, ne obliuioni demus prope
sequentia ipsius uerba: *labor
omnia uincit*. Humanitatem in
primis ut exemplum unum in
nostris laboribus enixe colamus,
prae oculis semper habeamus
eamque imo corde prosequamur.
Hoc iter nostrum; hoc decus
nostrum; hoc et praemium semper
nobis satis sit.

J.M. Barnadas